

Había una vez un niño. Él tenía diez años, pero como era tan perezoso nunca hacía la colada. Como no se preocupaba un día se le llenó toda la habitación de ropa sucia y maloliente. Entre toda esa ropa, había un pobre calcetín azul que había perdido a su pareja. tan triste estaba el calcetín, que se puso a llorar. Entonces una camiseta naranja le dijo: -¿Porque no vas a buscar a tu pareja? -¡Vale!, le dijo el calcetín. Se fue a buscarlo. Dio vueltas y vueltas por la habitación, y al final encontró a su pareja. Pero vio que estaba con otro calcetín azul, que no era él. Y otra vez se puso a llorar. Entonces siguió buscando y se encontró con un calcetín blanco que era guapísimo. Pero se dijo: -Yo no soy del mismo color de ese calcetín, no le gustare-. Más tarde lo pensó bien y se lo dijo: ¿Quieres ser mi pareja? -Sí- le contestó. Más tarde decidieron casarse. El día antes de la boda el niño se enteró de que se iban a casar. Por fin hizo la colada, para que pudieran tener un espacio limpio donde casarse. Por supuesto invitaron al niño. Celebraron una preciosa boda, y permanecieron juntos para siempre.

El calcetín sin pareja

GAT (A) po eslc

1º

LA SOLEDAD QUE SENTIMOS

La oscuridad
no es la realidad
ni la maldad, forma de ser.
Por el camino aprenderás
lo que no querías creer.

Cuando estás solo,
el frío te invade
y la distancia hace sangre.
Estás confuso, sin comprender
que la victoria, a veces, es perder.
Es demasiado dolor
el que sientes al descansar,
al pensar y al caminar.

Y cuando menos te lo esperas,
a la hora de la verdad,
tus amigos te apoyarán,
y adiós a la soledad.
Aunque aún lo sientas,
no te sientas mal,
porque alguien en el mundo
te querrá y protegerá hasta el final.

Túneles

Era fin de semana, una fría mañana de invierno y acababa de llegar de entrenar. Estaba cansada, pero me puse a recoger mi habitación. Doblabla la ropa que estaba encima de mi silla, hacía la cama, colocaba mis libros de clase... A la hora de recoger unos rotuladores azul y rosa que estaban en el suelo, encontré un misterioso agujero. No le di mucha importancia, pero la abertura cada vez se hacía más y más grande. Pasaban miles de preguntas por mi cabeza: ¿Por qué ha crecido de repente?, ¿cuánto tiempo lleva aquí?, ¿por qué está en mi habitación?, o ¿hacia dónde me conduciría? La única forma de responderlas era adentrándome en el extraño túnel.

Ya dentro no me podía poner de pie, solo cabía de rodillas y todo estaba muy oscuro. Era difícil orientarse y, además, había bichos correteando por el lugar. Después de veinte largos minutos gateando entre esas oscuras y húmedas paredes, vi un poco de luz, apresuré el paso y los pequeños charcos del suelo salpicaban. Entre tantos pensamientos que llenaban mi cabeza no me había dado cuenta de que ya estaba fuera.

El ambiente era familiar, me encontraba en una habitación llena de muebles antiguos y una única ventana que daba a una calle muy transitada. Atravesé la puerta y exploré la casa, no había nadie y ¿era igual que la mía!? Qué extraño, me dije, y bajando por unas escaleras llegué al exterior. En la calle observaba mujeres y hombres con prendas anticuadas y tiendas que en mi calle no existían. Pasé tiempo callejeando por allí y por allá ¡todo era tan conocido! Me senté en un banco frente al mar, a la vista estaba el faro de siempre y el puerto de siempre, pero algo era distinto. Ya no podía más, esto era un rompecabezas y le pregunté a un lugareño: Perdona, ¿Dónde me encuentro? Me miró extrañado, pero se decidió a responderme: Castro Urdiales, esto es Castro Urdiales. Se lo agradecí y se marchó. Ya está, grité como quien dijo Eureka, ¡estoy en el pasado! Pero me surgieron muchas más preguntas: ¿Por qué estoy en el pasado?, ¿cómo en un simple túnel puedo viajar en el tiempo?

La verdad es que, después de tanto pensar, me había entrado hambre. Paseando me encontré un quiosco, saqué unas monedas de mi bolsillo, que ahora eran pesetas, y entré en la tienda. Mientras compraba mis gominolas vi a un niño que tenía aspecto desamparado y, al parecer, estaba hambriento porque se acercó a pedirme una de las gominolas. Por supuesto acepté y decidí empezar una conversación. El niño parecía asustado al principio, pero cuando le hablé del futuro, del túnel y de todo lo que me había ocurrido, se levantó y comenzó a andar. Desconcertada le dije ¿a dónde vas? Al futuro, contestó el chico. Mi nuevo amigo me caía bien, corrí un poco para ponerme a su altura y volvimos al túnel.

Cuando llegamos a mi tiempo me moría de ganas por llamar a mi mejor amiga Ane, saqué el teléfono, pero de repente... el contacto no existía, no me preocupé, pensé que lo habría borrado por error. Caminamos por el Castro del presente, pero todo lo relacionado con Ane había desaparecido. Me di cuenta de que todo había sido una pésima idea, de que era una tonta. El pasado hace el presente, como siempre decía nuestra profesora de historia, en ese pensamiento estaba la solución. Tenía que devolver al chico al pasado, desesperada corrí hasta casa, abrí la puerta y subí las escaleras, pero el túnel no estaba. Mi compañero me calmó y me dijo que volviéramos al punto de partida, por donde habíamos aparecido: el cementerio.

Ni rastro del agujero, no sé porque habíamos aparecido allí, pero él y yo estábamos contemplando el mar en medio de un silencio impenetrable. De pronto, unas letras comenzaron a brillar en las lápidas, podrían decirnos algo, pero no sabía qué. El niño susurro M-A-R-Í-A. Ya lo sabía teníamos que ir a la Iglesia de Santa María. Rodeamos el pueblo, fue un silencioso trayecto, como todos los anteriores, solo le pregunté cómo se llamaba: si íbamos a salvar el mundo juntos quería saber cómo se llamaba. Me llamo Andrés, contestó, y sin darnos cuenta ya estábamos allí.

Ilusionados nos pusimos a buscar por cada esquina, cada piedra, cada baldosa, cada rincón. Cada vez con menos ánimos no sentamos en un pequeño y rocoso muro que daba al mar. Segundos más tarde ¡saltó una enorme ballena azul! Hacía años que no había ballenas en Castro. Esto me llevo a nuestro siguiente destino: El puerto, donde encontramos la estatua de un ballenero.

Allí no había nada, no había recovecos por los que buscar, únicamente la estatua de siempre, todo lo de siempre, menos Ane. Y solo con pensar en ella me derrumbé. Estaba de rodillas en el suelo llorando, Andrés se agachó para consolarme. No me quedaban ganas de buscar, ni para devolver a Andrés a su tiempo, ni para que todo volviera a ser como antes, pero entonces...El suelo comenzó a formar un enorme corazón. Escucha tu corazón. Lo que me conecta a este sitio es el mar: el movimiento de las olas, su infinidad en el horizonte, el cosquilleo del agua en los pies, los amaneceres, las puestas de sol, la felicidad y la paz. Corrí y mi amigo con una dudosa reacción me siguió. Estábamos en la playa de Brazomar con la respiración agitada observando el túnel. Estaba convencida, tenía que ser ese. ¿Y ahora qué? Me preguntó Andrés. Todo recto, no tiene perdida, le respondí. Y a la vez que desapareció Andrés, el túnel desapareció con él y todo volvió a ser como antes.

SINTIENDOTE LEJOS

Noches en vela pensando en tu olor
caminando por las calles en mi imaginación
sintiendo de lejos

Tu corazón

Esas noches de verano
descalzos por la habitación

Un día de agosto
que todo empezó

No había salida

No había razón
pero encontré tu sonrisa
y todo cambió

Quiero recordarte hasta mi último día
bailar bajo las estrellas

al ritmo de la canción
la brisa del mar me recuerda

a tus ojos mirandome
con tanta admiración

mi corazón late por tí
tú enciendes ese motor

la llave del destino

- la inventamos los dos. -

Ganador cat ©
relato

EL DUELO

Abrí el cajón enfurecido, con las manos temblando acerqué mis dedos al frío metal de la pistola. La vela bailaba en la oscuridad de la noche mientras dibujaba sombras en mi rostro cansado. Tenía una bala, una sola, pero sabía que sería suficiente una vez llegara la hora.

No podía dejar que me ganara, ya me había hecho suficiente daño. Tenía que vencerlo, tenía que lograrlo. *Lo haría por ella*, me dije a mí mismo, pero en el fondo sabía que era imposible ser más rápido.

Acordamos que el duelo sería al alba: en la pradera que el lago reclamó como suya, en la que desbordaba sus aguas cuando llovía demasiado. El frío cortaba mi cara como mil espadas al pasar; mis piernas urgían al caballo azabache a galopar, aunque en el fondo sabía que era inútil avanzar más... Cuando vislumbré su figura a lo lejos, la ira recorrió mi cuerpo; mis nudillos blancos alrededor de las riendas, las silenciosas lágrimas cada vez más cerca.

Acordamos ignorar las formalidades, pues no era mi deshonra el motivo de este encuentro. Cuando mis botas aplastaron la verde hierba con rocío, le miré a los ojos, creyendo ver más que vacío...

Me equivocaba, él era el mismo. Igual de temido, igual de ansiado. Unos deseaban su muerte; otros, que estuviera a su lado. Yo no podía soportarlo, *se la había llevado*. Apreté la mandíbula hasta que mis encías suplicaron, hasta que de mi boca escaparon aquellas palabras enterradas.

—¿Cómo te atreves? —susurré enfadado.

Debería haber gritado, ¡eso le ordené a mi garganta!; pero mi corazón de llorar tan cansado estaba que no quiso gastar más de mi vida humana.

Él no estaba arrepentido, ni el menor temblor en su rostro. No me sorprendió su quietud: decían de él que era tan valioso como el oro; nadie lo detenía, solo caminaban tras sus hombros.

Asintió levemente y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo: *sabía que era imposible ganarle al tiempo*. Me di la vuelta y —sin haberlo acordado— ambos nos separamos a una distancia de *siete* pasos. Con la mano sobre el arma, que descansaba enfundada sobre mi muslo derecho, y el corazón abriéndose paso en mi pecho, decidí cerrar los ojos, aunque fuera solo por un momento. Pensé en ella y en su rostro marcado; en los pliegues que el tiempo fue dejando, en la calma que guardaba su piel cansada, recordando que él era el culpable de que estuviera donde estaba.

No sabía cuándo mis dedos se habían apoderado del metal, desconocía el momento en el que mi cuerpo se giró para dispararle al tiempo; pero ya era tarde, *él apuntó primero*.

La bala fue directa al corazón; algo de mí escapó con ella, y en el pecho quedó un vacío. Caí al suelo rendido. Siempre lo supe: no podía ser más rápido, no podía ganarle al tiempo.

¡Pero no podía soportarlo! ¿Por qué tenía que doler tanto? Él sería el culpable de mi soledad..., cuando pasaran los años —y a todos mis seres queridos les hubiera tenido la mano— me quedaría a solas con mis pensamientos, ¡y solo Dios conocía lo doloroso que era eso!

Así, mientras yacía inerte, con una herida invisible al ojo humano, comprendí la verdadera naturaleza de mi decisión: me negaba a aceptar que existiera un último adiós. Entreabrí los ojos, y su rostro etéreo me observó con silenciosa decepción.

Solo los necios quisieron detener el tiempo; solo los locos soñaron con poseerlo; y fui yo quien, incapaz de comprenderlo, decidió apuntarle.

Deja que duela, según dicen, lo curo todo.

Quizá negar la realidad, quizá enterrar mis emociones en un campo minado de incertidumbre, solo provocaría una explosión de ira en contra de cualquiera menos del que puso las minas.

Quizá lo más sensato era quitar los explosivos, dejar que salieran los sentimientos, que dolieran por dentro, para evitar que volara todo por los aires.

Así que lloré.

Porque la echaba de menos, porque nunca más sentiría sus abrazos. Cayeron lágrimas de mis ojos porque comenzaba a olvidar su olor, como lucía su pelo al sol. Lloré, pues en el fondo sabía que era estúpido echarle la culpa al tiempo.

¡Condenado era el dichoso tiempo! Que no esperaba a nadie, que no preguntaba, que arrasaba consigo sueños y esperanzas; que enseñaba que nada vuelve y que todo cambia. Condenado era el día en el que se llevó su alma.

...

Diecisiete horas después, mientras su cuerpo yacía postrado en la cama y los rayos dorados bailaban en la ventana, comprendió que había estado equivocado. Había creído que el tiempo era su peor enemigo, pero ¿qué misterio le quedaría a la vida si el reloj se detuviera y la prisa desapareciera, dejando un vacío sin deseos ni urgencias? Nunca más quiso cambiar el tiempo; nunca más deseó desafiarlo.

Septem Noctes

La Agonía.

Los pájaros se van a sus nidos,
Los zorros se resguardan en las cuevas.

Lo bonito lo destruimos,
Y en nuestro corazón queda una gran grieta.

La naturaleza nos grita,
Pero nosotros no la oímos;
Cuando la necesitamos, acudimos
Pero ya cansada no resucita.

Si supiéramos escucharla,
No abusaríamos de ella,
Pero en vez de ayudarla,
Arde el fuego hasta quemarla.

Cuando ya no quede nada
Y la tierra nos lo recuerde,
Lloraremos al verla apagada,
El remordimiento y la culpa nos mueve.

Fdo: La agonía.

De cómo la plata lloró por ella

Perseguida por quienes juraron protegerla, Diana huía lejos del lugar que alguna vez fue su hogar, despojada de todos los bienes que su condición de reina le había ofrecido durante toda su vida. Los llantos del retoño entre sus brazos perturbaban la tranquilidad de la noche, mientras que los suyos, aunque silenciosos, la impedían ver con claridad. Sus pies descalzos sangraban por las heridas y sus piernas temblorosas por el cansancio se rindieron en el suelo a pocos metros de un arroyo.

Miró a su pequeño, frágil, indefenso, que la miraba sin entender. Temió por instantes que sus brazos lo dejaran caer al suelo y su pequeña frente de porcelana se quebrara en pedazos que un beso de madre no pudiera reparar. Lo juntó a su pecho buscando guardarle del frío, dejando así que sus latidos junto con sus movimientos, que lo mecían con cautela, lograran acallar las quejas del pequeño, quien cayó rendido ante el cansancio.

Diana alzó el rostro. La luna le iluminó los labios. Estos, entreabiertos, murmuraban en voz baja algo similar a un rezo. Respiró hondo, tragó saliva y le preguntó: «¿Por qué?» No llegaba a comprender qué pecado había cometido, en esta vida u otras anteriores, que fuera merecedor de un castigo semejante. Él, su amado, colgado como un perro y ellos dos pasando hambre, frío y sin camino que seguir u hogar al que regresar. La culpa le ahogaba. Lo habían dejado atrás, a él. A un hombre que no sólo prometió dar la vida por ellos, sino que, como un dios aferrado a su destino, tomó su palabra por ley y cuando tuvo que decidir entre su vida y la de su familia no titubeó y se dejó atrapar para que ellos escaparan.

Llena de pena se martirizaba, comenzó a creer que la rebelión, en el fondo, había sido culpa suya. Se vió como una tirana, una déspota, la única culpable de la situación. Con impotencia se mordió el labio evitando así que un sollozo o sonido infortunio que saliera por su boca despertara a su bebé.

De tanto llorar sus ojos se secaron, incapaces de soltar más lágrimas. La luna se compadeció de su dolor, harta de ver el sufrimiento de aquella inocente decidió confesar. Sus manos pálidas acunaron el rostro de la mujer y con voz dulce le dio la más amarga revelación: «Hija mía, unas voces estuvieron rodando durante días por tu reino. Un avaro, repleto de codicia y con una manipulación innata anhelaba vuestro

trono y riquezas. A la vista está que no fueron de su importancia los medios con tal de conseguirlo. Su labia de serpiente logró poner a todos los habitantes en vuestra contra. Con mentiras y promesas lo alzaron cual líder y si todo sigue así pronto lo nombrarán rey para sustituir al que de ahora eres viuda»

Diana no podía creerla, no quería hacerlo. Su respiración de manera incontrolable se aceleraba por momentos. Sus rezos se volvieron maldiciones y su pena se transformó en cólera. Se encontraba tan envenenada por la ira que incluso se maldijo a sí misma por haber sentido algo de lástima por cualquiera de ellos. Se secó los restos de lágrimas que quedaban por su rostro. Con una expresión seria y un tono firme, se pronunció ante la luna y juró venganza. Se volvió a poner en pie, ignorando sus piernas afligidas por no dejar de correr durante kilómetros, y continuó caminando, sin rumbo, pero ahora con un destino claro.

Las hojas.

CAT. (D) gencio
poeta

Las hojas caen, la tierra las traga,
el río, exhausto, fluye sin mirar atrás.
Los pasos, tozudos, regresan al mismo polvo,
y los guerreros, inconscientes, al mismo frente.

Nosotros, sin embargo, seguimos igual,
sumidos en un bucle, algo eterno.
Luchamos por algo o alguien,
Morimos con honor... o eso creo.
¿Acaso importa?
Pues todo lo hecho en olvido se convertirá.

Nos levantamos para caer otra vez,
y en cada caída aprendemos a renacer.

El viento borrará nuestras huellas,
el tiempo nuestros nombres,
y al final, incluso los héroes
se disolverán en la nada.

Vendimia

Todos los primeros amores son calamitosos, pero algunos son capaces de desarbolar la vida de una persona. Se llamaba Amapola la chica que, acompañada de sus padres, había subido a vendimiar a La Rioja. Habían venido desde Córdoba en autobús, lo mismo que nosotros desde Madrid.

Amapola tenía quince años; yo, catorce.

Su familia era pobre; la mía, también.

Aquel año las uvas habían alcanzado su punto óptimo de madurez a mediados de septiembre y pensábamos quedarnos tres semanas. Nuestra labor consistía en recolectar la uva de las cepas, amontonarla en capazos y cargarla en camiones que la cooperativa trasladaba hasta las bodegas de Cenicero.

—¡Estas uvas serán para Marqués de Cáceres! —decía mi padre lleno de orgullo.

A mi padre le gustaba la ciencia del vino y nos contaba que en las bodegas a la uva se le añadía levadura para acelerar el proceso. Sin dejar de vendimiar, refería una serie de trabajos donde el vino debía ser continuamente remontado y aireado, siempre con cuidado del tufo, que no era sino el dióxido de carbono que el vino desprendía durante su fermentación. Yo intentaba prestar atención, pero sólo tenía ojos para Amapola, la cual, a pocas vides de distancia, recogía racimos reconcentrada en su labor. Su piel era morena y el zumo de las uvas dibujaba meandros violetas entre sus dedos.

El trabajo era duro, de lunes a domingo y de sol a sol, y todos dormíamos en un barracón común con colchones desperdigados por el suelo. Pero estábamos bien. Entre los temporeros se compartía lo que había —queso, chorizo, mojama— y por las noches, a pesar del cansancio, encendíamos una hoguera y cantábamos. El padre de Amapola sacaba una guitarra flamenca y bebíamos el vino sin etiquetar que los miembros de la cooperativa nos regalaban.

— ¡Es vino joven! —decían los mayores—. ¡Bebe, que te harás mayor!

Aquel año, mientras el verano declinaba, me enamoré perdidamente de Amapola. Cada día serpenteaba entre las cepas para poder hablar con ella y cada noche me apartaba del fuego para compartir un momento a su lado. Sentados a horcajadas sobre un terreno de almagre, Amapola fue la primera que me ofreció un porro. Unos días después, también fue la primera que me besó.

Desde aquel momento mi existencia cobró un nuevo sentido. Tenía catorce años, sí, pero una chica había acercado sus labios a los míos. Yo mostraba la arrogancia de mi edad y no pocas veces me desprendía de la camiseta para mostrar el torso, que yo imaginaba enorme. Si en el viñedo cruzaba la mirada con Amapola, ambos sonreíamos con timidez, cómplices de un secreto que los adultos no eran capaces de entender.

Pero la campaña llegó a su fin y, finalizada la primera semana de octubre, no hubo más uvas que recoger. Los campos estaban esquilados y nuestro esfuerzo no era requerido más. Aquella noche no conseguí acercarme a Amapola y por la mañana estuve ocupado recogiendo las pocas pertenencias que habíamos llevado: una cazuela, tres juegos de cubiertos, un plástico para alejar a los chinches. A la hora de marcharnos, con Amapola flanqueada por sus padres, apenas me dio tiempo de sostener sus manos entre las mías.

—Hasta el año que viene —dijo ella.

—Hasta el año que viene —dije yo.

Mientras el autobús traqueteaba de regreso a Madrid, me mortificaba por no haberla podido dar un beso de despedida. Tan sólo eso anhelaba, un pequeño beso, aunque fuese en la mejilla, convencido de las flechas de amor que mis labios ardientes le hubiesen podido transmitir.

El resto del otoño lo pasé recordando a Amapola. Siempre fui mal estudiante, pero ahora, además, era un mal estudiante enamorado. Demostraba ser incapaz de concentrarme y pasaba largas horas haciendo pellas, paseando por los descampados, sin un clavo. El dinero de la vendimia —150.000 pesetas— lo había entregado íntegro a mis padres para ayudar en casa, pero en algún momento dado me vieron tan triste que decidieron recompensarme.

—Toma, hijo —mi padre me acercó un billete azulado—. Te lo has ganado.

Era un billete de diez mil pesetas, la cara del rey Juan Carlos esbozando un mohín triste. Yo nunca había sostenido uno de ellos e hice amago de devolverlo a sabiendas de cuánto lo necesitaba mi familia. Pero mi madre insistió:

—Es para ti.

Aquel día salí con el billete a la calle, una pequeña fortuna, y sopesé en qué gastármelo. En un primer momento pensé en ir a la sala de recreativos, aunque luego ponderé comprarme unos pantalones vaqueros y finalmente se me ocurrió algo mejor. Con ese dinero compraría un regalo para Amapola. En el ápex de mi enamoramiento, me acerqué a una joyería y gasté el billete en adquirir un precioso anillo de plata que asemejaba una espiga.

Con qué felicidad fantaseé a partir de ese momento. Contaba los meses para que de nuevo fuese septiembre, y coincidir de nuevo con Amapola, y decirle: «ten, esto es tuyo». En mis sueños depositaba el anillo sobre sus manos y ella se me arrojaba al cuello para llenarme de besos.

Los mejores sueños que he tenido jamás.

Y por fin septiembre llegó, nos llamaron para vendimiar y subí de nuevo a La Rioja con mis padres. Con el corazón saltando de impaciencia, anticipando la emoción venidera, me faltaba el aire mientras me aproximaba a los viñedos. Pero nada más llegar al barracón, vi que la familia de Amapola había crecido. Donde eran tres ahora eran cuatro y Amapola se acariciaba una tripa abultada que a esas alturas no podía disimular un embarazo.

Mi padre notó mi turbación.

—A veces las cosas son así —dijo.

Amapola ni siquiera me saludó y colocó su petate al fondo del barracón junto al de su marido. Lleno de dolor, aquella noche arrojé el anillo de plata al fuego y me junté con los hombres a beber del vino que la cooperativa nos regalaba. Todos decían que era de buena añada, pero a mí me sabía amargo.

* * * * *

—Sonny Liston—

EL ARTE DE LO SENSIBLE

Justificación del poemario

El poemario se articula a partir de los cinco sentidos —vista, oído, gusto, olfato y tacto— entendidos como modos de relación con el mundo. Cada poema se aproxima a uno de ellos desde una perspectiva simbólica y emocional, indagando en lo que cada sentido despierta: memoria, conciencia, deseo, pérdida.

El recorrido sensorial no pretende celebrar el placer como exceso ni como hedonismo, sino como experiencia vulnerable. Sentir implica también límite: aquello que se disfruta es, al mismo tiempo, aquello que se pierde, su finitud.

El último poema, a modo de cierre, plasma la intimidad del acto creativo y la incertidumbre del resultado que este conlleva (de ahí su título, Cosecha Incierta), común a todo artista, ya sea pintor, músico o restaurador.

La belleza

Primero fue la mano temblando
frente a la piedra.

Un bisonte trazado
para que la noche no venciera.
La belleza era rito,
no se pensaba: se necesitaba.

La belleza gritó medida,
con el pulso exacto del mármol.
Un cuerpo era un número,
y el número, una promesa.
El mundo cabía entero
en la proporción del templo.

Luego aprendió a temblar.
En los muros medievales
ya no importaba el cuerpo
sino la herida que lo atravesaba.
La belleza miró al cielo
y se volvió plegaria.

El Renacimiento la despertó del rezo:
regresó al ojo humano,
a la carne iluminada,
al gesto detenido
un instante antes de caer.
Ser bella era parecer verdadera.

Después quiso exceso.
Barroca, desbordó el marco,
se retorció en oro y sombra,
confundió lo divino con el espectáculo
y comprendió entonces
que el asombro también seduce.

El siglo veinte la quebró.
La belleza se fracturó en planos,
se multiplicó en ángulos imposibles.
Ya no imitó al mundo:

lo interrogó sin consuelo,
lo miró desde la ruptura.

El cubismo le arrancó el rostro
para ver cómo pensaba.
Las guerras la ensuciaron.
El arte gritó sin forma.
La belleza aprendió a ser fea,
a sangrar, a incomodar.

Descubrió que agradar
no era una obligación moral.
Que el dolor también habla.
Que la armonía miente a veces.
Que mostrar la herida
puede ser un acto de verdad.

Entonces Duchamp puso un objeto cualquiera
en medio de la sala
y preguntó sin solemnidad:
¿y si la belleza no está en la forma
ni en la destreza del ojo,
sino apenas en el gesto?

Desde entonces
ya no vive en el cuadro
sino en la idea que lo rodea.
No se mira solamente:
se piensa,
se discute, se desplaza.

El arte conceptual no la abandonó,
la volvió invisible.
La belleza dejó de ser cosa
para volverse pregunta.
No ocurre en el ojo,
sino en la conciencia que duda.

Hoy no promete placer.
Promete sentido.
Aparece cuando el pensamiento vacila,
cuando la certeza se resquebraja,
cuando mirar ya no basta
y hay que pensar.

Y a veces,
cuando la mente se detiene
frente a algo que no entiende
pero no puede ignorar,
la belleza —aún viva—
vuelve a aparecer.

No diciendo qué es,
ni ofreciendo respuestas.
Solo obligándonos, otra vez,
a detenernos,

a dudar,
a preguntarnos por qué la buscamos.

La música

La música no pide forma
para existir.
No ocupa espacio
y, sin embargo, lo transforma.
Nace de un golpe leve,
de una vibración en el aire.

Antes de ser melodía
fue pulso.
Un temblor mínimo
que atraviesa el silencio.
Una cuerda tensada,
un aliento que comienza.

La voz fue el primer instrumento.
Carne hecha sonido.
Respiración convertida en ritmo.
Un cuerpo llamando a otro cuerpo
antes del lenguaje,
antes del nombre.

La voz tiembla, cae, se eleva.
No necesita materia.
Se quiebra y aun así avanza.
Puede mentir en las palabras
pero nunca en el tono
con que pronuncia la emoción.

El oído no la escucha:
la recibe.
La deja pasar
hasta lo profundo del pecho.
La música no se contempla:
se habita.

No describe el mundo
y aun así lo revela.
No muestra imágenes:
las despierta.
Una nota basta
para abrir la memoria.

Un ritmo ordena el caos.
Un acorde sostiene el día.
Una canción devuelve un rostro
que el tiempo creía perdido.
La música recuerda
lo que la mente olvidó.

Sucede en el tiempo

y por eso duele.
Avanza mientras se va.
Nunca puede repetirse igual.
Cada escucha es distinta.
Cada pérdida, necesaria.

A veces eleva.
A veces rompe.
A veces acompaña el silencio
como una mano invisible.
No exige comprensión:
solo presencia.

Cuando el mundo pesa demasiado,
la música lo afloja.
Devuelve pulso al aire.
Hace respirable la noche.
Y al callar, todavía deja
algo vibrando en nosotros.

Una alegría sin forma.
Un eco persistente.
Un resto de luz sonora.
Algo que no se explica.
Algo que continúa
cuando el sonido termina.

Manjares

El vino llega sin historia.
Oscuro, tibio, lento.
Se abre en la boca
como una herida dulce.
No se bebe:
se abandona.

Tras él llegan los manjares.
Platos exactos,
sabores medidos al límite.
Salsas que concentran horas.
Texturas pensadas como un discurso.
Belleza que se come.
Y el vino vuelve.
Lava el paladar.
Afloja el silencio.
Amplía el instante
dejando en la lengua
una emoción intensa.

Hay cocinas donde el gesto es arte:
el cuchillo, la temperatura,
el punto justo del fuego.
Chefs que escriben con ingredientes,
que firman el plato
como quien firma una obra.

Pero el gusto también recuerda.
Una mesa sin mantel,
el pan partido a mano,
el aceite derramado sin cálculo
y la cocina humilde
encendida desde temprano.

El guiso lento de la abuela,
hirviendo sin apuro,
el vapor nublando los cristales,
la cuchara probando en silencio.
No hay técnica ni nombre,
solo experiencia.

El gusto no reconoce rangos.
No distingue firma ni precio.
Honra la invención extrema
y el plato que siempre espera.
Lo exquisito y lo sencillo
arden en la misma lengua.

Porque en la boca
el mundo se vuelve cercano.
Todo entra.
Todo se mezcla.
Nada permanece puro.
Nada sale intacto.

Comer es aceptar la materia.
Confiar en lo perecedero.
Llevar el mundo al cuerpo.
Y saber —sin decirlo—
que mientras haya vino y pan
la vida insiste.

Memoria del aire

El aire no mira hacia afuera:
siempre regresa.
Una fragancia basta
para abrir una puerta cerrada
donde el tiempo
aún respira.

Huele la infancia.
La hierba cortada.
La ropa al sol.
La rosa abierta.
Un rumor persistente
que no pide palabras.

Hay aromas que consuelan:
pan caliente,
café reciente,
la lluvia convertida en petricor.
El mundo parece entonces
más amable.

Pero también existe el otro olor.
El que advierte.
El que corrompe.
La dulzura rota de lo podrido,
la fruta vencida
por su propio exceso.

El aire no miente,
anuncia la pérdida.
Señala el final.
nos recuerda que todo lo existente
se degrada,
se descompone.

Entre el perfume y la peste
oscila la memoria.
Respirar es aceptar
que lo amado y lo muerto
habitan juntos
en el aire.

Lo que roza

El roce no observa:
se arriesga.
Avanza sin defensa
hacia lo que encuentra
Entre la piel y el mundo
no existe frontera.
La mano aprende antes que el lenguaje.
Reconoce el frío.
La aspereza.
El pulso tibio de otro cuerpo
diciendo sin hablar:
aquí estoy.

Tocar es confiar.
Apoyar el peso.
Aceptar la herida.
Toda caricia
contiene el riesgo
de desaparecer.

La piel recuerda lo que el ojo olvida:
el temblor,
la presión mínima,
la forma exacta del abrazo
cuando el mundo

lanzaba su amenaza.

También toca el dolor.

La quemadura.

La ausencia.

El espacio vacío

donde una mano

ya no responde.

Por eso el tacto es verdad.

No promete belleza.

No ofrece consuelo.

Solo afirma, con certeza breve:

esto dura

mientras arde.

CIERRE

Cosecha Incierta

Hortelano del huerto de la vida,
fui sembrando con nervio dislocado
lo que no fuera parva jubilosa,
ni fueran las rosadas
uvas encandiladas
para exprimir un vino atemperado.

Hortelano del huerto de la muerte,
sembré en vacío flores de soledad.
Abrí los surcos encima de las aguas,
planté la pena con la raíz al aire,
y allí, donde escondida
la lágrima se fragua, no tuve, en mi dolor,
a nadie para compartir sal, acíbar o vinagre.

Campeones

Tomas el pasador metálico de la ventana con las dos manos. Te gusta sentir el frío en la punta de los dedos hasta que las uñas se te amoratan. No te atreves a abrir. Te encuentras demasiado cerca del cristal, tan cerca que has de contener el aliento para no empañarlo. Afuera, este invierno arrogante que obliga a permanecer en el hogar se transforma por unas horas en una especie de comensal desubicado en medio de un festejo. Achinas los ojos hasta ver los tres cañones en el fondo del patio grande. Apuntan a las nubes, listos para ser disparados en cuanto la final termine y la victoria sea un hecho. Sus bocas negras te hacen pensar en pájaros extraños que reclamaran algún tipo de alimento. Cuando vuelves a respirar, el vaho gana terreno y el mundo desaparece al otro lado.

Te das la vuelta. A tu alrededor el despacho de tu padre: rifles dentro de una vidriera, cuadros de antepasados con rostros serios, libros, más libros, mapas. Recorres los países con los nudillos de tu mano derecha. Golpeas los que te caen mal. Acaricias los que te gustaría conocer. Después te tumbas en el sofá y, tal y como imaginas que hacen los adultos cuando piensan en las cosas transcendentales, miras el techo. Huele a tabaco y a humedad. A tinta y a pólvora. Suspiras y te dejas invadir por un bienestar de madriguera. No hay juego, chiste o comida que te haga disfrutar tanto como estos breves e inusuales momentos de soledad. Aún no sabes por qué, y tardarás muchos años en descifrar el motivo. Te hundes en el refugio tibio de los cojines. Poco a poco tu cuerpo se ablanda, los brazos vencidos, el estómago caliente. Estás a

punto de quedarte dormido, pero entonces te llega un rumor repentino de sollozo ahogado, una ola que arrasa sin compasión tu castillo de arena.

Te levantas de un salto, corres la cortina, abandonas este espacio prohibido y caminas por el pasillo de regreso al salón. Puedes sentir la densidad creciente del aire. Los sonidos se aclaran. Escuchas algunas palabras que no te permitirían repetir, un aplauso minúsculo de ánimo, y un par de golpes secos, de un puño cerrado contra, quizá, el respaldo mullido de una silla. Cruzas el umbral. Sólo ves nucas tensas, cabezas que niegan, algunas mandíbulas desencajadas. Están todos tus familiares cercanos en la misma habitación: tus abuelos, tus tíos paternos, tu hermano mayor, tu madre meciendo el capazo de Marcela, ese bebé que te presentaron por sorpresa hace seis días y que ahora es tu hermana. Faltan, como siempre, el primo Lauro y la prima Jimena, de los que ya nadie habla, y tu padre, que siempre trabaja cuando hay partido. En la pantalla de la televisión, Holanda acaba de empatar. El reloj marca ochenta y dos minutos. Argentina tendrá que esperar a la prórroga para ser campeona del mundo.

-¿Dónde estabas, boludo? – te pregunta tu hermano. No respondes. Te limitas a sostener su mirada durante unos segundos eternos, hasta que él se cansa y descarga la palma de su mano izquierda sobre tu cuello, sin demasiada violencia, ya no le hace falta para demostrarte quién de los dos está al mando. Te has resignado, desde el comienzo de la competición, a que tu rutina sea la burla, con suerte la indiferencia. Incluso en el colegio de nada te sirve ser el hijo del capitán Dante Salas. Nunca debiste reconocer que no te gusta el fútbol

y que la selección nacional apenas te importa. Para tus antiguos amigos eres poco menos que un traidor a la patria.

-Se acabó la cerveza – se lamenta tu madre al contemplar la enorme colección de botellines vacíos que abarrotan la mesa de bocote -. Ricardo, trae rápido unas cuantas de la heladera del sótano – le pide a tu hermano.

-Ya has oído – te dice Ricardo -. Bajá vos.

De nada te serviría discutir con él y prefieres, además, no tener que participar de esa ridícula pena desatada en torno a un balón, de modo que le obedeces y te marchas.

Coges aire y cuentas. Uno, dos. Has de cruzar un par de corredores y cuatro pisos hasta llegar al comedor subterráneo de oficiales, donde se encuentra el refrigerador comunal que tu madre acostumbra a usar como si fuera suyo. Diez, once, doce. Desciendes por la escalera de caracol. En la segunda planta y en la primera las oficinas están vacías y la oscuridad es absoluta. Caminas de puntillas, ingrávito, a través de un espacio que existe únicamente porque tú lo rozas. Treinta, treinta y dos, treinta y cuatro. En la planta baja tampoco hay nadie en los talleres, pero una luz mínima se filtra por debajo de la trapa metálica del garaje. Cincuenta y seis, cincuenta y nueve. Te conviertes en un insecto, incapaz de evitar la atracción de aquella rendija brillante. Olvidas las cervezas y a tu madre. Sesenta. Te aproximas al rincón de los misterios. Algo para lo que no tienes nombre sucede en su interior y quieres saber qué es. Setenta. Tu oído junto al infierno. Setenta y cinco. Un susurro suplicante, de mujer, sale de ese cuarto, revolotea sobre ti y se clava en tu estómago. Los pulmones te arden. Respiras. Jadeas. Setenta y ocho, un nuevo récord. En el

verano ya podrás cruzar, estás seguro, la piscina buceando de lado a lado. Por un momento el silencio se adueña de todo hasta que, de pronto, el susurro muta en gemido agónico, como de animal marino o de barco que se hunde, un lamento sibilante, único, tan profundo y desgarrador que será durante años el protagonista de tus pesadillas. Aterrado, retrocedes. Das un paso de espaldas, y otro, y otro más. Tu cuerpo choca contra otro cuerpo. Una mano sobre tu hombro. Reconoces esa mano, gigante, áspera y sin embargo acogedora, como los domingos de invierno o como la corteza de un árbol. Te giras.

-¿Qué hacés aquí abajo?

-¿Papá?

-Ya te expliqué cientos de veces que no puedes venir acá cuando laburo.

-Se terminó la bebida y mamá dijo...

La mujer del garaje chilla más fuerte, pero su grito es aplastado de inmediato por otro que surge, podrías jurarlo, de las entrañas de la tierra. Las copas de los árboles vibran, el edificio tiembla, un estrépito de cohetes restalla a lo lejos. Gol de Kempes, dice alguien. La mujer llora y pide algo por favor, por favor, por favor. No, repite después. No. No. Más cohetes. Un perro ladra. El dolor y el gozo ajenos te envuelven, y se mezclan, confundiéndose, para dar forma a lo que, a partir de ahora, será tu vida. Tu padre se agacha, te pellizca suavemente una mejilla y sonríe. A continuación, te coge en vilo. Sostenido en sus brazos las llamas dejan de quemar y todo parece más sencillo. Cuando seas adulto te costará reconocer a este hombre amoroso y protector en el Dante Salas del que hablará la prensa. Te gustaría permanecer así para siempre, pero la selección marca por tercera vez y la locura ya es imparable

-Hoy el centro del universo está en Buenos Aires – dice tu padre -, y eso no sucede a menudo. Venga, vayamos a casa.

Setenta y ocho, setenta y siete, setenta y seis. Avanzáis tan rápido que te mareas. Cierras los ojos. No puedes ver cómo dejáis atrás los talleres, y las oficinas desiertas, y el pasillo interminable de la tercera planta. Sesenta, cincuenta, cuarenta. No ves a tu familia dando saltos de alegría, ni a tu hermano saludándote con las dos manos extendidas y todo el cariño en ellas que es capaz de ofrecer, ni a tu madre que te mira con ternura. Treinta, veinte, diez. No ves a Marcela, sus labios húmedos, dibujando el discreto anticipo de una sonrisa. No ves nada. No puedes ver nada. Tres, dos, uno. No deseas ver nada, y en todo este tiempo no dejas de pensar en una sola cosa: quién será el primero en percatarse de que contigo no has subido ninguna cerveza.

Seudónimo: Patay

EL SILENCIO ESCRITO

**XXVI CONCURSO LITERARIO
“LORENZO OLIVÁN”**

POESÍA

MODALIDAD E

EL SILENCIO ESCRITO

La vida, esa pequeña flor del tiempo
que el hombre va vistiendo de experiencia,
es, en gran parte, lo que fue: memoria.

Javier Salvago

EXTRAÑO HUÉSPED

Volver es una manera de remover cenizas,
de buscar la pavesa que aún arde entre la sangre.

En mi mano palpita la llave de la memoria.
¿Podré decir que regresé habiendo amado la vida?,
¿qué la amé más allá del tiempo que distorsiona
las imágenes borrosas de quienes fuimos?

Entre esas paredes fui aprendiz de hombre,
subí las escaleras con un sueño en la sonrisa,
bajé los peldaños descontándole a los días
la vida que no podría llevarme en la maleta.

Creí que no dolería hurgar en la sombra,
pero siempre queda demasiada luz tras los ojos;
y un fantasma en el ángulo oscuro de la sala
anudando las cadenas del tiempo a la silla
donde el niño contemplaba la caída del sol
tras las tapias desiguales de un barrio humilde.

Como extraño huésped avanzo por pasillos
que conducen a una edad que no recuerdo,
al patio donde crecen las flores de la nostalgia

DESDOBLANDO EL SILENCIO

No dices nada.

Pero temes alejarte de la casa

y perderte en los bosques del invierno.

Perdido en ti visitas la soledad del río

cuando el último sol anuncia que es el último

y juegas con una rama seca

a enturbiar el fondo lechoso de las aguas.

Te sorprende mi voz

como una perdigonada de sal entre ceja y ceja.

No dices nada. El aire cruza espeso

la pálida estampa de tu cara.

Esta orilla contraria empieza a enredarnos

con su lengua de fango.

No rechaces la hora de tus compromisos.

Reconoce que estabas a punto de dejarme.

No dices nada. Pero oculto

en un pozo de aguas dormidas

rechazas el acero de mi voz

que te atemoriza como el rostro de un soldado

que, sin verte, te hablase desde el agua.

Te alejas con la voz de quien no eres.

LA SED DE LA AUSENCIA

La tarde en la terraza del silencio.
Cruzo palabras dormidas
bajo las leyes de la sombra de la sombra.
En la mano, atrapado como un pájaro,
el vaso que calma la sed de la ausencia.
Soy la boca que nombra
lo que no existe, que nombra
las horas de azufre por quemar, aún.
La tarde abandona, lenta,
la cometa gris de las mentiras.
En la mano, la crónica muda del vaso vacío.
Nadie vino al encuentro.
Bajo el peso de la noche perdí mi sombra.
Esta es la dura ley de los ausentes.

LA ORACIÓN DEL HUÉSPED

...de noche el libro abierto sobre la mesa.

Joan Margarit

Una noche seré huésped de mí.
Vendré con el equipaje de las despedidas
y soñaré que regreso. Beberé
la luz de las tinieblas y leeré sin pulso
los versos que olvidé sobre la mesa.
Una noche seré, por unas horas,
la sombra que abandona la mudez de las paredes.
Escribiré en la raíz de la memoria
la oración de una voz que fue vencida
por la secreta tormenta del silencio.

SUEÑO DE LOS SÓTANOS

La noche es una moneda falsa, una deuda
que obliga a la servidumbre, como la soledad
de una rosa negra en los portales de la muerte.

La noche es una sábana fría. Ninguna voz
escapa de su bruma, de la boca desierta,
de su horizonte sin fronteras.

Duele esta soledad de fuego consumido,
de vida inclinada hacia lo oscuro:
pétalos secos de una rosa olvidada
en el profundo sueño de los sótanos.

EL DOLOR DE LOS DESESPERADOS

Esto es ser hombre: horror a manos llenas.
Blas de Otero

El mar acoge el dolor de los desesperados,
los abraza con la espuma negra de la muerte,
los empuja, los derriba, les niega la suerte
de pisar la fría arena con sus pies cansados.

Temerosos, navegan sin deriva. Los sueños
perdidos en dunas del desierto, en el pecado
de nacer bajo los cielos del hambre. Cerrado
hallarán el paraíso. Sin puertas, sin dueños.

El mar sortea fronteras. Pero el hombre puede
escupir odio sobre las heridas abiertas
de ochenta almas que huyen, pavorosas, de las hienas.

Las olas hablan con los aullidos de la pena.
Ante mis pies arriban, negras, lágrimas muertas.
Mar adentro duerme el alma del horror. Sucede.

LA ÚLTIMA COSTA

Sólo un caballo azul y una madrugada.

Federico García Lorca

El crepúsculo se despide de la última costa.

La noche es dueña de todo este milagro.

Siéntate y escucha

como mueren las olas de octubre.

En ellas persiste un halo de locura,

el estruendo de un frasco de lágrimas

al romperse.

La proeza de una travesía sin término

estriba en conservar la rabia del principio.

¿Vivimos

o simulamos que las venas aúllan como lobos

en esta tragedia de ir sumando días?

Al mar le ruegas que no sea tu verdugo,

ni que se lleve tu nombre mezclado con la arena.

La vida, como el mar, devuelve lo que roba.

LA HABITACIÓN

El silencio de esta habitación desdobra mi ausencia.
Mis pasos me alejan de todo cuanto en ella permanece,
de las paredes donde las alcayatas señalan
el punto exacto del dolor, de la voz fija
en las fotografías donde nada muere y nada sobrevive.
Me sé fantasma de todos los muertos que me velan.
Son ellos los que no me ven, ni yo oigo. El silencio
es una pesada losa que viene siguiéndome los pasos.
Y en esta habitación pervive, todavía,
la mirada débil de mi padre, su silueta
apoyada contra el quicio de la puerta.
Mi madre anotó el frío en la esquina de una sábana.
Este silencio ha vuelto, ya sí, para quedarse.
Hablo y hablo para convencerme de que esta soledad
es sólo un boceto del silencio que copian los espejos.

HUIDA

Jamás, la razón de la huida, es irse.
La verdadera razón es el miedo.
Desclavarse de la realidad para alejarse
de los fantasmas que viven en nosotros
y nos traicionan, perpetuándose.
Esclavos de nuestros temores
abandonamos al hombre en los pedregales,
o en la orilla del mar donde ya no hay paso
más allá de la sentencia de las olas.
Atados a la sombra del ayer
estrechamos el tiempo a nuestro cuello,
boqueamos como el pez fuera del agua,
devastados por la asfixia, por el dolor
de cada mentira escrita
como decálogo de supervivencia.
Irse para quedar atrapado en la memoria
que alimenta el dolor de los silencios.

UNIDOS EN EL CAMINO

A mi padre. A mi tío Antonio.

Somos hijos del silencio y únicamente
el tiempo cuenta.
Estamos tan perdidos
que a mis oídos llega tu aliento de derrota
y la luz de las estrellas de hojalata
que iluminan este cielo de alquiler
que acoge sueños de alcanfor y de ceniza.
Juntas, tu soledad y la mía.
Unidos entre las escamas del vacío
hemos permanecido tanto tiempo
en los túneles del silencio
que el espíritu de supervivencia
es la única razón de nuestra historia.
Sabes bien de qué te hablo.
A veces me he quitado el pan de la boca
y ambos hemos pasado el mismo hambre.
Y hemos dormido en las tierras del frío
cuando no cabíamos bajo la misma manta.
Comprendes todo eso, y más.
Seremos hijos del ángel del silencio
y estaremos juntos, pase lo que pase.
En esta cruda noche de invierno
la ley del fuego no arde entre las sombras
y las ascuas del ayer respiran huellas de arena.
En la edad de consumir las despedidas
nos arrimamos para darnos calor y consuelo.
Unidos: amistades sin reserva.
Mañana mi nombre seguirá siendo hoja de otoño
y tu mano una rama que asoma en el camino.

LA PIEDRA CONTRA EL AGUA

Un papel no es la vida, ni la contiene.
Acaso, sí, certifique el dolor de ese tiempo
que sostienes con el débil pulso del miedo
a ser un capítulo más en el libro del olvido.

Como en un naufragio, todo regresa deshecho
al puerto escondido del corazón.
Recomponerse del desastre no es la vida,
ni la completa.

La memoria de nadie es la piedra plana
que arrojas contra el alma de las olas.
Cada salto es más corto que el anterior,
a cada salto está más cerca el final
de todo cuanto la nada alcanza.

La memoria es duplicar el peso de la nada.

ENTRE LA NIEBLA

Un hombre regresa al filo de la nada.
Cubre la distancia con los ojos
vendados por la niebla. Lloro niebla
y tiembla en la cornisa del cielo. Teme
ser hijo del vacío. Pero en la nada
todo es nada y este hombre
camina por un mar de niebla
que no existe.

MIRAR HACIA LA NADA

Abres los ojos a la oscuridad del silencio.
Nada en ti ilumina la sombra que ocultas.
El tiempo crece en tus manos como la palabra
que borras al tiempo que la escribes.
Abres los ojos a la piel herida de la noche.
Miras como si la búsqueda
dignificara la existencia del hombre
perdido en fotografías deslucidas
donde las mentiras jamás envejecen.
La felicidad huyó de aquellos ojos callados
que miraban hacia ningún lugar.
El silencio es la oscuridad donde te ocultas.

BAJO SIETE LLAVES

No sobreviviré a ninguna muerte.

Todas vendrán como días destrozados
por las mandíbulas del tiempo. Llegarán
como la noche que aniquila la luz
bajo el óxido de siete llaves de hierro.

Todas dejarán una esquila sobre la mesa,
una flor ajada, un verso mudo y una herida
que jamás se cierra. Todas
robarán un puñado de voces, el roce
del viento persiguiendo unas manos de mármol,
la mirada de niebla atrapada bajo el hielo
de una soledad cada vez más presente, más amiga.
Cada muerte ajena es cada vez más mía.

LA NADA COMPLETA

Escribo la vida de otro. Elevo
un infinito de vacíos alrededor de mi nombre.
Sé esconderme de mi propia sombra
para alcanzar el hueco de la soledad
donde copio la vida que no me pertenece.
Feliz de ser nadie entre lo contado y lo vivido.
Feliz de colgar mi piel en el perchero
y disfrazarme de otro hombre, de ese héroe
que habita las camas que flotan
sobre mares nocturnos, al acecho de sirenas.
En las palabras armo mi torre y la trinchera
donde defiende las escasas razones
que me llevan a trazar gritos de tinta,
a abandonarme por las horas que no visité,
atrapado en mi posición de hombre herido
con una venda alrededor de la cabeza
que guarda más lágrimas que sangre.

Bajo este panorama de días borrosos
busqué refugio en la poesía,
en la saliva seca que curaba enfermedades
tan invisibles como mi rostro anónimo.
Todo lo que soy son capítulos dispersos
arrancados del libro del silencio;
testimonio de otras vidas que creí mías
alimentando las raíces de las mentiras
entre lo contado y cantado para existir
más allá de lo que callan los poemas.

Eso fui. Eso soy. El espíritu de la sombra
que baila siempre al margen de los cuerpos,
cosida al negativo de las fotografías,

olvidada como el nombre de los ángeles caídos.
Escribo la vida de otro. Un mínima parte de mí
late entre mis dedos, completando mi nada
escrita bajo la secreta tormenta del silencio.

ÍNDICE

EXTRAÑO HUÉSPED	2
DESDOBLANDO EL SILENCIO	3
LA SED DE LA AUSENCIA	4
LA ORACIÓN DEL HUÉSPED.....	5
SUEÑO DE LOS SÓTANOS	6
EL DOLOR DE LOS DESESPERADOS	7
LA ÚLTIMA COSTA	8
LA HABITACIÓN.....	9
HUIDA	10
UNIDOS EN EL CAMINO.....	11
LA PIEDRA CONTRA EL AGUA	12
ENTRE LA NIEBLA	13
MIRAR HACIA LA NADA	14
BAJO SIETE LLAVES.....	15
LA NADA COMPLETA.....	16

El que ame más

There are the lover and the beloved...

—Carson McCullers—

*If equal affection cannot be,
let the more loving one be me.*

—W.H. Auden—

Cuando, triste, en tus horas más sombrías
solloces sin consuelo, abandonada
sobre un jergón de amor desvanecido,
llorando por el tacto sustraído
y no entiendas ni sepas el porqué.
Cuando en la procelosa inmensidad
de noches con aspecto de naufragio
percibas que la angustia te encenega
en un mar de lamentos y aguas negras
y la traición te encoja de terror.
Bajo el dogal contrito de la pena,
desde los arrecifes inclinados
del reino de la desesperación,
recuerda la lección de W.H. Auden:

«Nada pierde quien ama más».

Por mucho que las dagas del engaño
arrojen sal azul a tus heridas,
aunque desaparezca el suelo firme
y larvas de amargura te amenacen
con romperte por dentro de dolor;
si pusiste el afecto, ya ganaste.

Habiten los mediocres en su tundra,
persistan los tullidos en su error,
esta luz que a nosotros nos alumbra
ellos no la consiguen advertir.
Siempre, bajo cualquier adversidad,
prefiere ser amante a ser amado,
porque no hay pesadumbre en adorar
ni derrota en tener fe, aventurarse,
mostrarse vulnerable, compartir.

Regresará la lluvia y traerá
presagios, esperanzas, nuevos nombres,
no bien labres en agua tu tristeza,
se abrirán mil promesas para ti.
Mantén la probidad, lucha, porfía,
agradece no ser un incapaz;
persevera, pequeña, no te rindas
y en tus kiries no dejes de insistir:

«En el próximo fracaso, diosecito,
que me vuelva a tocar a mí».
